

crisiana, fueron pues el depósito y como el arsenal, adonde los entendidos acudian para tomar lecciones de esa filosofía práctica, hija del natural instinto de la conservación, discípula de la experiencia y maestra de la vida.

Mas llegado el instante en que la literatura latino-eclesiástica desarrolla en un sentido propio las formas artísticas, pro hijadas por ella desde la época de Yuvenco y de Prudencio ¹, no solamente aspiran los eruditos á enriquecer con el fruto de su observación y experiencia aquellos estimados repertorios, sino que someten á nueva forma así las máximas y avisos derivados de la antigüedad como los debidos á sus propias especulaciones. Penetraba este deseo en las escuelas, creadas en medio de la oscuridad de aquellos siglos para conservar la tradición de los estudios; y mientras Juan de Milan acopiaba en su *Medicina Salernitana* cuantos principios de aquella ciencia habia dado por buenos el comun asentimiento de los doctos ², compilábanse por todas partes los proverbios y aforismos tomados de las demás ciencias, ó ya exornados con las nuevas galas de la poesía latino-eclesiástica, se fiaban desde la juventud á la memoria como uno de los más preciados tesoros de las letras.

Ni dejaron tampoco los adagios, así ataviados por los discretos, de hallar cabida en las obras históricas, prestándoles no poca autoridad con la fuerza de la doctrina; ejemplo que hubo de ser imitado más adelante por los cronistas que escribieron en las lenguas romances. Su utilidad, universalmente reconocida, era en consecuencia el principal título de la estimación que alcanzaron, y el único vehículo que los llevaba de generación en generación, aclimatándolos en cada comarca con nuevo y especial colorido, conforme á las necesidades de su respectiva cultura y al carácter de sus costumbres.

¹ Véase el cap. V del tomo anterior, y la *Ilustración* II.^a de este volumen.

² Tiraboschi, tomo III, págs. 403 y siguientes; Ginguené, tomo I, página 126.

II.

Á estas leyes generales aparecen pues sujetos los refranes ó adagios de los doctos en el suelo de la Península Ibérica. No han llegado á la posteridad en el crecido número que fuera tal vez necesario para discernir perfectamente lo que eran y representaron con relación á las ciencias de que se alimentaban; y á pesar de ello, los que se han transmitido á nuestros días nos abren expedito camino para reconocer el íntimo enlace de sus formas y las que ostentaba la poesía latina, exornada ya de las rimas, según dejamos manifestado en la *Ilustración* antes citada ¹.

Recogia estas venerables reliquias, de que dejamos expuestos notables ejemplos, Mossen Pedro Vallés en su copiosa colección de refranes aragoneses y castellanos, que volveremos á mencionar más adelante; y aunque por no haber tenido verdadero propósito artístico, no comprendió en su libro todos los metros empleados en los latinos, bastan sin duda los que nos conserva para comprobar nuestras observaciones. Veamos en efecto los siguientes avisos higiénicos, formulados en versos de diez y seis, quince, catorce, trece y doce sílabas, los cuales llevan la rima en los hemistiquios:

- I. Post pisces *nuces*, post carnes caseum *manduces*.
- II. Caseus est *sanus*, si dat avara *manus*.
- III. Post prandium *dormire*, post coenam mille passus *ire* ².
- IV. Stercus et *urina* medici sunt prandia *prima*.
- V. Ubi definit *phisicus*, incipit *medicus*:
Ubi definit *medicus*, incipit *clericus*.
- VI. Surge, puer, *mane* si vis vivere *sane*;
Quia per multum *dormire*, non potes ad alta *subire*.

Ó estos de ocho, nueve y once sílabas, no menos dignos de consideración por su estructura rímica:

¹ Págs. 353 y siguientes.

² Este refran fué convertido al castellano del siguiente modo:

Después de comer dormir, é de cenar pasos mill.

Recogiólo en su colección, de que daremos después noticia, Lorenzo Palmireno.

- I. *Qualis vita finis ita.*
- II. *Qui vadit plane, vadit sane.*
- III. *Si Papa studeret, Papa indigeret, etc.*

Y no se crea que esta fórmula de los adagios, debida á la literatura latino-elesiástica, no se desarrolla al mismo tiempo que la metrificación y la rima, cultivada por los que llevaban por excelencia el nombre de *clérigos*: la *Historia Compostelana*, escrita en la primera mitad del siglo XII ¹, nos dá testimonio repetido de que existían ya los proverbios ataviados de metros y consonancias en la misma disposición que los compilados por Vallés, según convencen, entre otros que pudiéramos alegar, los dos, concebidos en estos términos:

- I. *Non durat quem mors prosternare curat:*
Octo dies durat quod nos dolor eius adurat ².
- II. *Sunt colla fracta multa, propter bona facta* ³.

Los testimonios en este sentido pueden fácilmente multiplicarse. Parece pues demostrado que las formas artísticas, cultivadas por los eruditos, revistieron con sus galas los adagios y proverbios, creados en estos apartados tiempos, facilitando así su conservación en la memoria y su trasmisión en las escuelas, círculos donde principalmente debían lograr autoridad y aplauso.

Coincidía con este desarrollo y aplicación del metro y de las rimas eruditas la formación de las hablas vulgares, que antes de llegar á escribirse, necesitaban ser reconocidas cual legítimo intérprete de la civilización que les había dado existencia. Ningún elemento de cultura podrá hallarse más estrechamente enlazado á la vida intelectual de la muchedumbre: ninguno había que alcanzara á revelar con más fuerza no sólo sus instintos y afeciones, sino también sus ideas y sus creencias respecto de cuantos objetos é instituciones le rodeaban. No había cambiado el pueblo español de situación política: sus necesidades, sus ocupaciones, sus esperanzas eran las mismas: la guerra, hecha en nombre de su Dios y de su libertad, continuaba siendo, cual en siglos ante-

¹ Véase el cap. XIII.

² Lib. I, cap. VI.

³ Lib. II, cap. LXXXVI.

riores, el más noble oficio de los reyes y de los magnates, de los hidalgos y de los pecheros; y sin embargo los idiomas hablados en los dominios de Aragón y Cataluña, Castilla y Navarra, León y Galicia no eran ya la lengua del Lacio, cuya dominación conservada por tantos siglos, á pesar de la barbarie, caducaba casi al propio tiempo en todos los pueblos del mediodía de Europa.

Necesitó, pues, manifestarse aquella moral práctica, que reglaba las acciones de los cristianos ya en los días de la prosperidad, ya en los del infortunio, y así respecto de la religión como de la política, con las nuevas formas de lenguaje que iban labrándose en cada uno de los Estados que constituían el imperio del cristianismo; y aunque no es posible suponer en modo alguno que durante el laborioso período que trascurre desde el instante en que comienza á ser olvidada por la muchedumbre la lengua latina hasta el en que se escriben las hablas vulgares, careciera el pueblo español de este linaje de filosofía, natural creemos que sólo al fijarse de una manera inequívoca la fisonomía de los nacientes idiomas, se alterase radicalmente la expresión de los proverbios y refranes del vulgo, para ejercer sobre el mismo la saludable influencia que habían alcanzado en todos siglos y naciones.

Sin duda no hubieron menester acomodarse desde luego, como la poesía popular, al artificio que imponía á esta la necesidad absoluta del canto; pero nacidos para servir de instrumento á la religión, cuando exhorta y consuela; á la política, cuando previene; á la moral, cuando enseña y avisa; á la razón, cuando reconoce y quilata; á la higiene, cuando aconseja y precave; á la administración, cuando consulta; á la economía, cuando discierne y acepta; destinados, en una palabra, á reflejar de lleno el estado intelectual de la nación, cual primera fórmula de la experiencia y de la filosofía, atienden desde el punto en que se revisten de las lenguas romances, á consignar en breves, enérgicos y decisivos términos la suma de un gran concepto, que debe acogerse sin discusión, y á cuyo fallo han de someterse igualmente los hombres de clara inteligencia y los de escaso talento. Esta expresión, que había de ser elíptica, incisiva y epigramática, para producir sus naturales resultados, tendiendo á perpetuarse y á

imperar exclusivamente en la memoria, buscó los medios de conservarse íntegra; y á fin de satisfacer la ley que la impulsaba en su progresivo perfeccionamiento, acudió al arte incipiente de los populares, para demandarle sus sencillas galas, ó ya siguiendo el ejemplo de los eruditos, como la misma poesía vulgar, se hizo imitadora de las formas, adoptadas por la literatura latino-eclésiástica, para consignar, de la manera que dejamos notado, los avisos de la tradición ó las lecciones de la ciencia.

El *metro* y la *rima* vinieron, pues, á exornar y á dar autoridad á los refranes españoles desde los primeros días de su mútua existencia en las hablas del vulgo, siguiendo en su historia el mismo camino que la poesía meramente tradicional, reflejando más tarde cuantas trasformaciones experimenta la erudita. Así es que ya proviniesen directamente estos ornatos de la imitación latina, ya se comunicaran á los *retraeres* y *fabiellas* por medio de los cantares de la muchedumbre (que parece lo más fácil y hacedero), ofrecieron los mismos caracteres, que reconocemos en los primeros monumentos escritos de la poesía castellana¹; prueba irrecusable de la espontaneidad de una y otra forma y más que todo de la injusticia y arbitrariedad con que se ha procedido, al buscar su origen en extrañas civilizaciones.

No conocia el entendido Juan de Mal-Lara las mencionadas primicias de la musa vulgar, ni habia podido en consecuencia remontarse á la investigación de los orígenes de su metrificación y de su rima, y escribia, no obstante, al descubrir una y otra en los adagios: «¿Quién dirá que los *consonantes* y *asonantes*, tan comunmente usados en los refranes, no son *omioptoton*, que es de semejantes casos, como:

Alquimia *provada* | tener renta é non gastar *nada*,

»Y

Aborrecí el *cohombro* | é me nació en el *ombro*?...

»¿No es tambien *omioptoton*, que es cadencia de semejantes verbos,

Al niño su madre castíguelo, límpielo y hártelo?...

¹ Ilustracion III.^a, pág. 433 y siguientes.

»Hay tambien en los refranes *rhythmo* (cadencia) que es una manera de cantar... y esta es la novedad con que el refran particularmente queda señalado y apartado de las otras maneras de «dichos»¹.

Destellos, pues, de una misma cultura la poesía y la filosofía vulgar, debian comunicarse recíprocamente sus formas, é iluminarse con sus mútuos resplandores: aspiraba la poesía á mantener vivo el espíritu nacional, apoyándose en las creencias y sentimientos, y reflejando las costumbres: reflejando las costumbres y apoyándose en los sentimientos y las creencias, atendia tambien la filosofía vulgar á corregir los errores y extravios del pueblo, teniéndole siempre despierto ante la idea de sus deberes y de sus derechos. Protesta viva de todo lo que contradice ú ofende los generosos instintos de grandes y pequeños, caminaban poesía y moral á un mismo fin, bien que por diferente senda, rechazando con viril energia todo amago de opresion, y condenando todo escándalo.

Pero si era el efecto de la poesía popular más eficaz y activo, por encender en momentos determinados el entusiasmo patriótico, no menos fecundo y trascendental fué por cierto el de los refranes, que llamados á ejercer en la sociedad constante y universal influencia, tomaban todas las formas del raciocinio, apareciendo al propio tiempo matizados con todos los colores de la imaginación fresca y lozana de la muchedumbre. Ya históricos, apologéticos, sentenciosos y preceptivos; ya didácticos, suasorios, consolatorios y descriptivos (conveniente nos parece recordarlo), mientras acuden á establecer reglas seguras para todas las situaciones de la vida y para todas las categorías del Estado, señalan de una manera clara y luminosa el desarrollo que iba teniendo la lengua, cuya expresión gramatical y aun retórica se acaudalaba en ellos con ricas y multiplicadas preseas, muestran en su indicado consorcio con la poesía popular el progresivo perfeccionamiento de las formas adoptadas por el arte, que contribuye á ennobleclos, y dan por último cabal medida de la ilustración general del pueblo, caracterizándole perfectamente en cada una

¹ *Philosophia Vulgar*, preámb. IV.
TOMO II.

de las comarcas llamadas á constituir un día la nación española.

Profesando una misma religion, y por consecuencia una misma moral; impulsados sin tregua por un mismo pensamiento político; ocupados en una misma guerra; teniendo casi iguales costumbres y no desemejantes leyes; participando finalmente de análogo clima, lícito juzgamos observar que consignaron los españoles en casi idénticos refranes multitud de ideas, que hermanándose ó proviniendo de todas aquellas circunstancias, venian á satisfacer en los diferentes reinos cristianos una misma necesidad, un mismo deseo ó una misma esperanza. Una fué tambien en todos los ángulos de la Península la expresion artística de los adagios del vulgo, por más que la influencia admitida en las regiones orientales desde mediados del siglo XII, respecto del cultivo de la poesía lírico-erudita, estrechase aquella suerte de parentesco con los trovadores provenzales, reconocido ya por nosotros, al bosquejar el cuadro de la formación de las lenguas romances ¹. Pero si pudieron en el suelo de Cataluña alterarse algun tanto las formas exteriores del arte erudito, merced á los accidentes indicados, guardaron por el contrario los refranes estrecha armonía con los de todas las provincias donde se hablaba el castellano, ostentando aun los más antiguos el primitivo sello de aquella nacionalidad que les dió vida, y presentando absoluta semejanza entre sus *metros* y sus *rimas* con los más antiguos monumentos de la poesía vulgar escrita.

Mas no sólo aprendemos con el estudio de los refranes castellanos á conocer esa preciada unidad de las formas artísticas, comparados con los referidos monumentos: sin ellos careceriamos indudablemente de toda noticia de lo que fueron en aquellos apartados tiempos ciertos cantares vagos, breves y pasajeros de la muchedumbre, cuya expresion esencialmente lírica se pierde siempre en el tumulto de las pasiones populares con la impresion momentánea que los produce: por ellos nos es dado afirmar que sobre los metros empleados en la poesía escrita y en la poesía esencialmente tradicional (tales como los dejamos reconocidos en las dos anteriores *Ilustraciones*), existieron otras combinaciones, que

¹ *Ilustracion* II.^a, págs. 403 y 404.

ya emanando de la fuente comun de la Iglesia, cuyos himnos ofrecian multiplicados egemplos, ya derivándose á los vulgares de la misma versificación autorizada por los eruditos, bien que descomponiéndose ó amoldándose de nuevo á la ley del canto, constituyeron una parte, y no despreciable por cierto, del caudal métrico de la musa castellana.

Estas consideraciones, que sin duda pudieran tener fácil aplicación á la historia de la poesía popular en todas las naciones, y muy especialmente en las meridionales, robusteciendo los asertos que dejamos asentados, nos llevan como de la mano á fijar la vista en los multiplicados metros de que nuestros mayores revistieron los adagios y refranes, á fin de grabarlos sin fatiga ni dificultad alguna en la memoria, donde debia fructificar espontáneamente su provechosa doctrina. Grande es el número de combinaciones métricas que aun despues de tantos siglos, en que debieron alterarse sucesivamente para irse acomodando al progresivo desarrollo de la cultura y del arte que la representa, encontramos en estos peregrinos monumentos: ningun metro de los cultivados, ya por la poesía tradicional, ya por la erudita, se echa de menos en tan variado repertorio, mostrándose casi siempre exornados de vistosas rimas, dispuestas de la misma suerte que las de los versos llamados *leoninos*, para que sirviendo de cebo y descanso á la memoria, vinieran á ser fiadoras del éxito apetecido en tan ingénua enseñanza. Este artificio, que permitia siempre dar á la sentencia una distribución acertada, colocando la exposicion de la doctrina en el primer hemistiquio de cada verso, y dejando su confirmación para el segundo, se halla generalmente observado en los refranes que ostentan aquella gala de las poesías modernas, ora rimen en perfecto consonante, ora tengan únicamente la simple asonancia. Y es lo notable que no sólo en los versos de sílabas pares, cuyos hemistiquios son iguales de todo punto, sino que tambien en los de sílabas impares, que difieren en una comunmente, se guarda la misma ley, probando así que admitido una vez este ornato, llega semejante forma poética á hacerse connatural con los refranes.